

perfeccionamiento de la pesca y de la caza. La Sagrada Escritura atribuye igualmente la invención del arpa y de la cítara, así como el arte de fundir y trabajar los metales, á los hijos de Caín, ⁽¹⁾ esos hijos del mundo que habían olvidado á Dios y caído en las cosas terrenales. Milton escribió con este motivo líneas de perfecta aplicación á lo que vamos diciendo: «Esas tiendas, que tan agradables te parecen, son las tiendas de la maldad; en ellas moran los hijos del que mató á su hermano. Están muy versados en las artes que embellecen la vida, y son grandes inventores; pero olvidan á su criador, y aunque á su espíritu deben toda la ciencia, no quieren reconocer ninguno de sus dones». ⁽²⁾

También está en la naturaleza de las cosas que una vida ocupada tan solo en embellecer la tierra, debe convertirse en esclava ó estar sometida á cierta cultura de las aptitudes humanas. El cazador que persigue al oso, al león, al ciervo; el guerrero que en el desierto inmenso ó en los bosques vírgenes debe esperar siempre verse atacado, educará sus sentidos y la vigilancia de su espíritu mejor que el campesino dedicado al mejoramiento de los frutos ó á cuidar animales. En la lucha de las pasiones políticas en la agitación del foro deben desenvolverse, mejor que donde todos viven pacífica y amistosamente, la habilidad oratoria, la réplica, la previsión, la astucia, el arte de abarcar de una ojeada la situación y de sacar partido de los medios disponibles. En el mismo orden de ideas debe tenerse en cuenta que nuestras relaciones de salón, en que está expuesto cada cual á las miradas y á los comentarios de espectadores burlones y sin caridad, contribuyen más á dotarnos de un barniz distinguido en las relaciones exteriores, que la vida retirada en el seno de la familia. En los centros donde como dice Molière no hay grandes ni pequeños que estén garantizados de la crítica, ⁽³⁾ y en que, se-

(1) Génesis, 4, 21, 22.

(2) Milton, *Paradise lost*, XI, 607 y sig.

(3) Molière, *L'école des femmes*, 1, 1.

gún expresión de Sheridan, cada palabra es la muerte de un nombre ilustre, ⁽¹⁾ vienen como por sí mismas la habilidad, la prudencia mundana y el conocimiento de los hombres.

Ciertamente no negamos que haya en esas conquistas de la civilización, aunque meramente profanas, un bien real para la humanidad; pero, con sus luces, aquellos progresos proyectan oscuras sombras en la vida, y esas son las que no debe pasar en silencio el pensador que quiera juzgar rectamente. Hacen las historias relatos de ejércitos brillantes, de magníficos hechos de armas; pero hablan muy poco de la sangre, de las lágrimas, de las devastaciones que arrojan sobre ese esplendor sombras tan negras. El valor heroico es la materia eternamente fecunda con que los poetas entusiasman á nuestra juventud. ¡Si á lo menos dijese que los gemidos de aquellos á quienes tan frecuentemente se maltrató y que fueron de todo despojados rara vez nos permiten ver á los héroes en la claridad de una gloria pura! Nos formamos con los príncipes de la elocuencia, que deben su renombre á las asambleas populares y á las negociaciones públicas; pero en nuestro entusiasmo olvidamos por completo que, según dice Tácito, la elocuencia es una llama que vive gastando un poderoso combustible, ⁽²⁾ y que frecuentemente constituyen sus verdaderos resortes la desunión social y la efusión de sangre, la astucia, las mentiras y las pasiones políticas. ⁽³⁾

10. La civilización humanista y la descripción de una civilización que no se aparte de Dios.—Si ya con relación al pasado confundimos fácilmente la realidad y las apariencias, con más razón debemos abrir los ojos del espíritu relativamente á lo que nos toca de cerca, y tener mucho cuidado de no falsear nuestro juicio. Porque en esto difieren mucho entre sí las opiniones, y además, la repulsión ó la simpatía suelen influir en nosotros mucho más

(1) Sheridan, *Laesterschule* (Schroeder), 1, 10.

(2) Tácito, *Orat.*, 36.

(3) Milton, *Paradise lost*, XI, 638-671.

que la reflexión. Unos creen que jamás se enorgullecerán bastante de todo lo que es moderno; para otros, sólo por ser vieja una cosa ya es buena, y toda novedad es para ellos sospechosa; pero la verdad es imparcial. En todo caso el más entusiasta panegirista de nuestra época no podrá negar que para un espíritu de artista, ó para un poeta, los viajes tenían antes más atractivo que hoy. Risueñas aldeas y verdes campos alternaban en natural armonía con poblados bosques y viñas en flor; en vez de eso no se ven ya más que chimeneas: desaparecieron los bosques y enmudeció el canto de los pájaros. El polvo del carbón y el vapor, la batahola de martillos, hieren la vista y el oído; el aspecto del paisaje más hermoso es desfigurado por la línea recta de los rieles como lo sería un cuadro por la cortadura que en él hubiera hecho un cuchillo mal intencionado. Tiene, pues, razón Lenau al lamentarse diciendo: «Con precipitación impetuosa se abre camino el ferrocarril, huésped importuno, que por donde quiera que va derriba los árboles; ni respeta el bárbaro la vegetación risueña y florida. Hasta son abatidas y arrancadas las viejas encinas sin que les sirvan de escudo las piadosas imágenes que ostentan.»⁽¹⁾

Tal vez se diga que estas son lamentaciones románticas, estériles cuestiones de gusto por cosas viejas y usadas, y desconocer las magníficas y útiles que ha creado nuestro tiempo; no debiendo tampoco olvidar que, prevaleciendo lo confortable y lo útil en vez de lo bello que desapareció, progresaron en todas partes el bienestar y la felicidad. Si pudiéramos creer esto, con gusto sacrificaríamos el disfrute de lo bello á las ventajas de nuestros prójimos; pero del mismo modo que nadie puede pretender que nuestros padres hayan sacrificado lo confortable por lo bello, así nosotros no podemos convencernos de que la destrucción de lo bello haya debido contribuir esencialmente á favorecer el bien general.

Por otra parte, más valdría no hablar tanto de las con-

(1) Lenau, *Gedichte* (Stuttgart, 1857), II, 169 y sig.

quistas materiales de nuestra civilización. Verdad es que algunos se hicieron desgraciados por sus excesivas riquezas, y al decir esto lo sabemos de ciencia cierta; pero en cambio, millares de hombres libres antes, descendieron á la condición de esclavos. Los viñadores que en otro tiempo manifestaban su alegría de vivir con jubilosos cantos, no tienen ya afición á cantar en las minas, donde están privados de luz y de aire, sin poder distinguir el día de la noche. Donde en otro tiempo una raza vigorosa celebraba sus fiestas con alegre libertad, un ejército de obreros pálidos, ennegrecidos, animados de mal comprimida cólera, maldicen ahora á Dios, y se maldicen á sí mismos, yendo al encuentro de una muerte prematura. En todas partes sucede lo mismo.

No es, sin embargo, nuestro ánimo hacer una comparación entre el pasado y el presente desde el punto de vista de su valor. Sabemos también que el grano debe alterarse en la tierra para que se produzcan nuevas semillas y que frecuentemente se levantan construcciones modernas sobre las ruinas de las antiguas: lo que deseamos es tan sólo que el mundo aprenda á estimar con imparcialidad las cosas antiguas y las nuevas. Sin condenar de ligero, ni hacer coro á los que entonan alabanzas á lo antiguo, tenemos, sin embargo, el derecho de hacer notar que el descontento de nuestra situación se revela á cada momento, aun entre aquellos que no saben más que hablar de las tinieblas de antes y de los progresos de hoy.

Esto nos anima á plantear la cuestión siguiente: ¿Cómo se encontraría el mundo si tuviésemos algo menos de lo que se llama civilización moderna, y si, por el contrario, tuviésemos más consideraciones á Dios y á la antigua fe, más virtudes en el corazón y en la vida pública? Ó bien, preguntemos aún más atrevidamente. ¿Qué sería del mundo si no existiese el pecado ó si, por obra del Humanismo no hubiera abandonado á Dios y á sus santos?

Sin duda que no nos veríamos privados de civilización y de bienes exteriores, pero éstos serían de otra especie;

tendríamos seguramente menos invenciones y menos comodidades, pero también menos decepciones; menos lujo en lo superfluo, pero en cambio también menos sofisticaciones en lo necesario para la vida. Nos veríamos obligados á prescindir de los billetes de Banco y del placer de emplear las tijeras para cobrar intereses de capitales que jamás tuvimos. Ningún empréstito forzoso vendría á poner á prueba nuestro patriotismo y nuestro amor á la verdad. Ningún telegrama de cotización bursátil daría á centenares de personas la tentación de atribuirse, usurpando los del Señor, derechos sobre su propia vida ó muerte. El orgulloso sentimiento de haber favorecido la difusión de la civilización humana mediante los fusiles perfeccionados y los cañones Armstrong, los acorazados y los torpederos; el singular encanto de esperar la llegada de noticias anunciando pérdidas; el problemático gusto de ver cómo van al asalto las columnas á paso gimnástico á través de las mieses maduras para matar á sus prójimos; los tribunales, los procesos, la guillotina, los fusilamientos; todo esto sería desconocido. ¿Quién sabe si ni siquiera habría jueces de paz, ejecutores de juicios y agentes de seguridad? Tendríamos menos millonarios, menos quiebras fraudulentas, menos ventas forzosas; pero tendríamos mayor prosperidad general y hombres más modestos en sus gustos; no tendríamos tantas narraciones de hechos heroicos, pero tendríamos en cambio una verdadera paz entre nosotros y una satisfacción inalterable; no tendríamos cuarteles ni fortalezas, pero sí obras de arte más perfectas. Las explicaciones confortadoras que nos daría la inteligencia, dirigida á fines más sublimes, acerca de las más importantes cuestiones del corazón y de la vida, el acuerdo en las cosas indispensables, la religión y el concepto de la vida, la claridad sobre nuestros deberes y nuestros derechos, compensarían perfectamente la carencia de razonamientos filosóficos á lo Maquiavelo y otros por el estilo. Mientras que ahora los más ilustres genios perecen frecuentemente en el lodo, y su talento es causa de que perezca la inocen-

cia; producirían, si no existiese el pecado, obras más sublimes de poesía, un arte más noble, y serían, uniendo la verdad al bien, apóstoles de la virtud y de la adoración á Dios. La vida misma no sería más que una armonía continua y una poesía sublime. En una palabra, la humanidad sería feliz.

11. Diversidad de juicios acerca de la civilización y del mérito.—Habrá muchos que no encuentren de su agrado esta descripción de la felicidad; tendríamos que desconocer la realidad para creer que eso interese al mundo. Son otros espíritus los que aclama, y á cuyo encuentro se precipita; son los que le traen la peste en palabras y obras; los que le enseñan que no saldrá nunca de su miseria mientras no haya desterrado completamente de la vida pública la virtud y la religión. Son otros los fines que procura alcanzar; no quiere salir de sí mismo, no quiere dirigir sus miradas á lo alto. Son otros los medios con que espera realizar sus propósitos; temería que no le saliese la cuenta con los nuestros. Se ha constituido en su propio objetivo, y ha trazado su estrecho campo de acción; no quiere rebasarlo. Lo que se adapta á él le satisface, y lo que le parece propio para su ornamentación lo considera como lícito, como útil, importándole poco el que sea ó no conforme á la ley de Dios y á las enseñanzas de la Revelación.

De ahí procede la manera tan diferente de ver y las tendencias que separan al mundo de nosotros; lo único digno en nuestro concepto le parece un horror; aquello á que aspiramos con todas nuestras fuerzas, él lo rehuye como un espectro siniestro. Por eso dice Platen contemplando la pirámide de Cestius: «Junto á la piedra funeraria pagana se prescinde con gusto de lo que Roma tan severamente rehusa á todo hombre extraviado; ese más allá que únicamente abre la llave de oro del Apóstol. Conducidme, aunque sea al infierno, á la mansión de las nobles almas de otro tiempo, allí donde canta Homero y donde reposa Sófocles lleno de laureles». ⁽¹⁾

(1) Platen, G. W., II, 159.

Sí, en el caso de que el Humanismo no hubiera producido más que á Homero y á Sófocles, podría aún comprenderse esa elección criminal; pero no hay muchos hombres como esos, y si resucitaran hoy, rehusarían ser contados entre sus prosélitos. Además, el mundo mismo se alaba ordinariamente de tener muy diferente espíritu.

¿Cuáles son los hombres á quienes después de su muerte concede el título de grandes? Verdad es que hay excepciones, pero en general son pobres individuos, gentes en quienes sus vicios encarnaron, en quienes más descaradamente dominaron las pasiones; son los que no retrocedieron ante medio alguno para alcanzar sus fines, los que, en una palabra, practicaron con más audacia las doctrinas del Humanismo.

Por ejemplo, el personaje que el pueblo griego celebró más de entre sus emperadores fué Justiniano I: y con razón, porque es el más notable retrato del carácter griego en los últimos tiempos. ¹⁾ De espíritu pequeño, pero muy astuto, disimulado, vanidoso, sin palabra, cruel, ambicioso, no retrocediendo ante ningún medio para alcanzar sus fines, perjuro siempre, menos cuando juraba por Teodora, su digna esposa; de todos se burlaba. Maquiavelo habría podido felicitar-se de tener tal discípulo. Déspota con la Iglesia con perfidia nunca igualada, preparó la ruina del Oriente mediante el cesarismo papista. En su reinado no hubo un día sin rebeliones y efusión de sangre. Cuando subió al trono encontró 320.000 libras de oro en el erario; todo lo disipó en poco tiempo. Inventó los más vergonzosos medios para procurarse dinero: falsificación de testamentos, acaparaciones de bienes, acusaciones falsas; corrompía y se dejaba corromper con el dinero; hacía pagar tributos hasta por el aire; vendía los destinos, practicaba la usura con el trigo, dejaba exhausto al pueblo con impuestos, en tanto que la peste causaba terribles estragos. Cuando murió dejó empeñado el tesoro y empobrecido al pueblo. Era una sorprendente imagen de lo que un rico bizantino

(1) *Quellenbelege in Paulys Real Encyclopædie*, IV, 665, 677.

vió en sueños: el emperador estaba en la mar, que bebió entera; después bebió los lagos y los ríos que desaguan en el Bósforo. Agua, peces, légamo, desapareció todo en su garganta insaciable, sin que por eso quedara apagada su sed. ⁽¹⁾ No obstante, su nombre se hizo célebre, y los griegos, como si hubiesen sido discípulos de Mandeville, siguieron hasta el completo aniquilamiento de sus fuerzas, la norma que les había trazado.

Cualquiera que no sea griego se extremece de horror ante ese grande hombre, como quien no sea humanista se extremece ante casi todas las celebridades del Humanismo; pero, naturalmente, cada cual encuentra ilustre á quien avanzó más en la dirección que él sigue. ¡Que se levante y arroje la primera piedra el pueblo ó la época que en esto haya procedido de otro modo!

12. Malos medios no conducen ni al hombre ni á la humanidad á su fin.—Si es cierto que la historia sea la educadora de la humanidad, esperamos algún resultado de la revista que acabamos de pasar.

Debemos para ello confiar en la parte más excelente del hombre. No podemos constituirnos aquí en predicador; sólo tenemos que ejercer el cargo de historiador de la civilización y de filósofo de la historia. Para esto hemos examinado ya en otra ocasión si el espíritu con que el Humanismo hace sus investigaciones y sus tendencias, son los verdaderos. Saber si persigue el verdadero fin del hombre y de la humanidad, será el objeto de nuestras investigaciones ulteriores.

Aquí hemos investigado si los medios que emplea conducen al fin; pero es inútil responder en este asunto; los hechos hablan por sí mismos, y tal vez el mundo nos dispense también de expresar nuestro juicio. Nadie ignora que en la humanidad las cosas no son como todos desearían que fuesen; desde hace mucho, el mundo se lamenta de la desdicha de los tiempos. Pero ¿qué son los tiempos? Los tiempos son los hombres. Malos hombres, malos tiem-

(1) Procopio, *Historia arcana*, 19 (Dindorf. III, 112, 114).

pos. ⁽¹⁾ Las malas acciones hacen los tiempos malos. ⁽²⁾ Hay tiempos malos desde que el pecado existe, ⁽³⁾ y no cesarán mientras dure el pecado. Cuanto peores son los hombres, peores son los tiempos. Las épocas más tristes son siempre las que producen mayor número de insignes malvados.

Lo que produce para el individuo malos días, malos tiempos, os produce también para la humanidad; hombre y humanidad jamás separarán su destino el uno de la otra mientras existan.

Pero no hay más que una moral; ⁽⁴⁾ lo que hace desgraciado al hombre es el pecado; ⁽⁵⁾ él es por lo tanto el que hace desgraciados á los pueblos. No habría miseria si no existiese el pecado. ⁽⁶⁾ Puede suceder que haya algo bueno en el pecado, que de él resulte algún bien, alguna utilidad; ⁽⁷⁾ no obstante eso, siempre es perjudicial. ⁽⁸⁾ Á la vida pública lo mismo que al individuo se aplican estas palabras. La injusticia hiere siempre á quien la comete. El proverbio, según el cual lo que hay más duradero es la honradez, ⁽⁹⁾ será eternamente verdad, no sólo para los individuos, sino también para los pueblos; por eso tienen ya cierto sentido estas palabras, que una ojeada á la historia arranca al poeta, y son una advertencia para la humanidad: «Todos los pueblos murieron y mueren aún por sus dioses». ⁽¹⁰⁾

Murieron, no por haber adorado á un solo Dios, cuya ley es verdad y vida, sino por haber honrado á los dioses que ellos mismos se fabricaron. El becerro de oro hizo morir á los judíos; los griegos perecieron por su sana sensua-

(1) Agustín, *Sermo* 25, 4, 8; 167, 1; 297, 9; 311, 8.

(2) Agustín, *Ep.*, 199, 9, 29.

(3) Agustín, *Sermo*, 25, 3.

(4) Aristót., *Polít.*, 7, 15. Platón, *Rep.*, 4, 17, d. 443, c. y sig.

(5) Prov., XIV, 34, León XIII, *Inscrutabili*, d. 21, Abr. 1878.

(6) Agustín, *Civ. Dei*, 22, 1, 2; *De Gen. ad lit.*, 8, 14, 31.

(7) Sto. Tomás, 1, 2, q. 87, a. 2 ad 1.

(8) Sto. Tomás, 1, q. 63, a. 2 ad 1.

(9) Ganfrid., *Vita S. Bernardi*, 4, 3, 12.

(10) Leopoldo Schefer, *Weltpriester*, 3.

lidad; los romanos por su sed de dominación; cada pueblo por sus propios pecados, porque también para los pueblos el salario del pecado es la muerte. ⁽¹⁾

Decir que toda culpa se paga en la tierra, sólo en parte es verdad; sólo para las grandes corporaciones, y no para cada hombre, puede admitirse el principio tan frecuentemente enunciado. La historia es el juicio final. El hombre individual vive para la inmortalidad; no puede, pues, eximirse del castigo. Que durante su vida mortal desprecie, si quiere, la misericordia que bondadosamente le llama á la reflexión; la justicia dispone siempre de una eternidad para satisfacerse. Los municipios, las ciudades, los Estados duran más largo tiempo que el hombre sobre la tierra, pero esa es toda su inmortalidad; por eso puede muy bien suceder que un hombre malo viva dichoso y abandone esta corta vida antes que el castigo le alcance; pero hay una cosa que no es posible, y es que la comunidad y la totalidad que hacen el mal, dejen de sufrir el castigo de Dios y de los hombres. La justicia y la verdad son las bases de la felicidad del hombre; la práctica de la virtud y de la religión es el único medio de que prospere la felicidad de los pueblos. ⁽²⁾

«Sin duda que el hombre fuerte arregla como quiere el mundo con su espada, y su gloria tiene al águila por compañera; pero con frecuencia se quiebra la gloria, y el águila es derribada en su vuelo. Corta es la ganancia que la violencia produce, y muere como una tempestad en el desierto».

«Pero la verdad vive; como un héroe vencedor, está tranquila en medio de las espadas, te guía á través de las tinieblas del mundo, y te muestra una vida más serena. La verdad es eterna, y su palabra santa pasa de generación en generación.»

«Sigue, pues, á la verdad; quiere lo que sea justo, ejecuta gozoso lo que sea bueno. Nunca estas tres cosas morirán

(1) Rom., VI, 23.

(2) Isócrat., *De pace*, (8) 120.